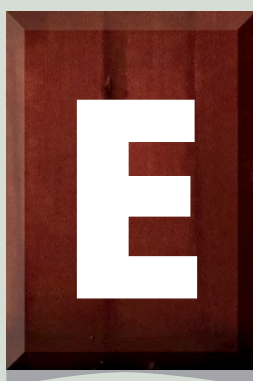


¿Un museo en el Valle de Juárez?

Alan Hernani Herrera Peña*



sa generalmente es la pregunta cuando alguien se entera de la existencia del Museo Regional del Valle de Juárez. Un proyecto que cumplió, en abril de 2022, cuarenta años de haber

sido impulsado por un joven profesor rural y su comunidad. De tal manera, cuando se cuenta la historia de este recinto no suena muy común; de hecho, es un caso muy particular si tomamos en cuenta el medio rural en el que se desenvuelve. Vamos aclarando este relato que ya es patrimonio de una región fronteriza como la nuestra.

Alrededor de 1959, un profesor de nombre Manuel Robles Flores abordó un camión con el objetivo de llegar hasta San Ignacio. Ese viaje lo

llevó a su primera experiencia como maestro rural a la corta edad de diecinueve años. En la carretera, como no conocía los poblados, se bajó por intuición al ver una escuela primaria pensando que había llegado a su destino. Cuál fue su sorpresa al enterarse que estaba en San Agustín. La directora lo recibió muy afanosa y lo hizo quedarse, pues también necesitaban un maestro. De esa manera, como por accidente, Manuel Robles se encontró con su porvenir y tan bien le fue que llegó a ser director de la Primaria Plan de Ayala n.º 2135.

En la década de los sesenta, el Profe Robles, como lo llamaban en el lugar, estaba empapado de los últimos acontecimientos a nivel mundial. Conocía muy bien de marxismo y su corazón se hallaba bien colocado a la izquierda. Por lo tanto, su intención nunca fue sólo dar clases, sino impulsar el bienestar dentro de esa comu-

Fecha de recepción:
2022-09-13

Fecha de aceptación:
2022-09-20

CHAMIZAL

20

* Escuela Nacional de Antropología e Historia.

nidad que tan bien lo recibió. Ahora le tocaba hacer algo. Empezó por conocer a fondo sus carencias y sus problemas, pero también sus esperanzas. Así, tan cerca de los infantes, comenzó a aplicar una pedagogía que ya había leído por ahí. Sacó a sus estudiantes del salón y se los llevó a Los Arenales o cerca del río Bravo. Con el cielo abierto por aula les habló de Historia, Paleontología y hasta de Biología.

El profesor detectó que había un problema grave: el contrabando de piezas paleontológicas. Muchas veces, cualquiera se las topaba a flor de camino y algunos muy listos las empezaron a cruzar a Estados Unidos para ganar unos dólares. Manuel sabía que no podía quedarse con las manos en la bolsa, así que alentó a sus alumnos a recolectar esas piedritas interesantes. Con esto al menos enseñaría sobre esos tesoros y en su salón se empezó a formar una exposición cada vez mayor. Luego, hasta los padres y las madres le llevaban los curiosos descubrimientos al Profe para que diera cuenta de ellos.

Mientras se iba conformando un verdadero museo, el profesor gestionaba otras mejoras para el pueblo. Sus esfuerzos resultaron en la creación de preescolares, secundarias, clínicas, bibliotecas y la introducción de servicios básicos. Esta labor no se restringió únicamente a San Agustín, sino que la llevó a cabo a lo largo de los poblados próximos a la carretera Juárez-Pervenir. La escuela era un verdadero centro

comunitario donde el director Robles se perfilaba como un líder.

A inicios de los setenta, se logró que un programa federal de construcción de escuelas renovara la vieja primaria Plan de Ayala. La única condición para ello fue que se derribaran los antiguos salones de adobe, pero el profesor y la comunidad se negaron. Ya tenían otros planes para ese edificio: convertirla en museo y biblioteca. Llevaron a cabo una fuerte resistencia, en la que tomaron el lugar para evitar su destrucción y exigieron que los nuevos salones se construyeran a unos metros de donde hoy está el museo. Ese momento coyuntural derivó en la creación de espacios específicos, por lo cual el 30 de abril de 1982 se inauguró oficialmente el Museo Regional del Valle de Juárez.

Alrededor del museo creció la nueva escuela —en funciones hasta el día de hoy—, el primer preescolar, la clínica rural al lado del museo, una guardería comunitaria y la biblioteca municipal. El Profe, junto con mucha gente, fue perfilando una verdadera perspectiva para resolver las necesidades sociales. No obstante, hay que decir que el proceso no ha sido nada sencillo, pues hasta hace apenas unos años el museo empezó a recibir apoyo del Municipio de Ciudad Juárez para pagar tres sueldos de auxiliares. Durante su vida, el mismo Profe se encargó de reparar, comprar mobiliario y costear de su propio bolsillo cualquier otra necesidad.



Algo destacable es la visión del profesor Robles sobre el funcionamiento de su museo. Hombre de firmes convicciones y acciones, nunca permitió una injerencia institucional que arrebatara a la comunidad el proyecto. Por esto se peleó con presidentes municipales, directores de cultura, empresarios y con cualquiera que quisiera llegar a mover una piedra. Eso le dotó al lugar de una independencia que otros centros culturales urbanos no tienen, pues no había temor de expresar las ideas políticas radicales y el apoyo a movimientos sociales desde ese espacio.

El museo, dirigido por el Profe Robles, se convirtió en trinchera de activistas, demandas sociales y expresiones diversas. Un claro ejemplo es cómo San Agustín fue cuartel para ecologistas de ambos lados del río. Aquéllos, en la década de los noventa, planearon la lucha contra el tiradero nuclear en Sierra Blanca, Texas. Este movimiento social tuvo un impacto positivo porque se logró evitar que los desechos nucleares del interior de Estados Unidos fueran a parar a unos kilómetros del río Bravo. Este acontecimiento sin duda es algo histórico que motivó a otras luchas ambientalistas.

Se puede nombrar incontable cantidad de luchas a las que el Profe y el museo aportaron. Tal condición crítica le valió una cierta barrera con las instituciones gubernamentales, por lo que mucho dependía de qué tanta conciencia tenía el gobernante en turno para recibir a Manuel Robles.


A pesar de todas esas dificultades con la oficialidad, el profesor nunca claudicó, pues sabía que la fuerza comunitaria lo podía todo, eso le decía su propia experiencia.

El museo mantuvo ciertas características en su administración algo divergentes con otros espacios culturales. Por ejemplo, se abría los 365 días del año, con el objetivo de ser accesible a la clase trabajadora, y nunca se ha cobrado un peso por entrada. Además, los perros y los gatos eran bienvenidos, es decir, ya era un lugar *pet friendly* sin usar ese término. Su colección es de las más eclécticas que se puedan conocer: máquinas de escribir, fotografías, piedras, pinturas, discos de vinilo, murales, entre otros interesantes objetos.

Tras la muerte del profesor en diciembre de 2020, el proyecto sigue en pie. Nuevas generaciones se han integrado y nuevas ideas se intentan, siempre reconociendo el legado que ya se tiene. Las relaciones con instituciones educativas como la UACJ se abren cada día más. Prueba de ello es el interés de profesores del Instituto de Arquitectura, Diseño y Arte, quienes ya han visitado el espacio para proponer colaboraciones. En el aspecto comunitario, se realizan talleres, las reuniones del grupo de adultos mayores de San Agustín, exposiciones con artistas regionales y proyectos editoriales para impulsar la cultura.

Este cuarenta aniversario va llegando a su fin, pero apenas es el comienzo de una nueva etapa para el

Museo Regional del Valle de Juárez. Un centro cultural y comunitario que representa la resistencia de una región ante la marginación y la violencia. Que este tipo de proyectos

existan son muestra de una región fronteriza que desea vivir sin violencia. Es un lugar donde la historia, el arte y la cultura son la esperanza para un mundo mejor. 



Luis Rocho Aguilera. "Sin título", 2022.
Fotografía de: Luis Rocho Aguilera.

